

CORONADO

IGNACIO DEL VALLE

CORONADO



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: octubre de 2019

© Ignacio del Valle, 2019
Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria
© de la presente edición: Edhasa, 2019
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6187-2

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 21584-2019

Impreso en España

*Para Otti,
principio y fin de todo mi imperio.*

«Supo desde el principio que aquí no tiene la menor importancia lo que es real y lo que no. Que las consecuencias son las mismas».

La casa de hojas, Mark Z. Danielewski

«Nos será tenida en cuenta cada palabra ociosa».

Pablo de Tarso



PRIMERA PARTE

1. Contarlo todo

Ciudad de México, capital del virreinato de Nueva España.
Mayo de 1564

Fuimos a aquellas tierras por nuestros pecados. Y por nuestros pecados he de recordarlo todo, la manera del suelo, si áspero o llano, los árboles y las plantas, las piedras y los metales, los ríos, si eran grandes o pequeños, cada rayo de sol, la calidad de los hombres, si muchos o pocos, si estaban derramados o vivían juntos... *verbum ad verbum*, porque la memoria es un arquitecto constante, que se hace y se rehace, un puro cuento que se cuenta a sí mismo, múltiple y deslizante, y un día buscaré en vano el nombre de un lugar o de un amigo, o desesperaré al no dar con una palabra ya sabida, que tendré en la punta de la lengua y buscaré afanosamente y me rehuirá obstinada. Y entonces llegará el olvido. Pero antes de volver a la luz inefable del Creador, yo, pecador, ya enfermo y decrepito, quebradizo como pan ácimo, en esta celda del convento de San Francisco dejaré signo sobre signo constancia de los hechos asombrosos y terribles de mi jornada con el general Francisco Vázquez de Coronado, antes de que la memoria sea no solo asediada por su fragilidad, sino invadida por los falsos recuerdos, por la imaginación y el ensueño, y caiga en la tentación de hacer una mentira de nuestra verdad.

Hay unas imágenes que se repiten, unas ruinas de adobe rojizo, *Chichilticale*, La Casa Roja. Había sido un antiguo alcázar construido por una raza ya olvidada, el último puesto de una civilización antes de internarse en el desierto. Salvo alguna mancha de pinares y encinas solitarias, la aridez circundante era angustiosa. El rostro enfurecido y sudoroso del general Coronado,

montado en su caballo, que hacía girar apuntando con su brazo todos los puntos cardinales mientras le gritaba a fray Marcos: ¿Dónde está el mar, fraile?, ¿dónde está el mar? El fraile vio por primera vez la muerte en los ojos del general, que hasta ese momento le había protegido del hierro y la soga de sus hombres. Fue entonces cuando debíamos haber abandonado, ese momento en que atisbamos la quimera que perseguíamos y los días de soledad y miedo, de alienación, de caminos sofocantes y abisales, la fantasmagoría a través de la cual los hombres pasaban de ser hombres a ser un montón de huesos. Sin embargo, el mito acontece en nosotros, es eterno y se reactiva en nuestro interior en cada etapa de la historia y obliga al hombre a buscar un destino también mítico. El ejército de Coronado estaba trastornado, seducido como antes lo estuvieron otros: rodeados por las mil siniestras manifestaciones de la muerte, untados de sangre y lodo, calcinados en el interior de sus armaduras, atravesando espesísimas selvas, esquivando flechas emponzoñadas, alimentándose de sabandijas, delirando por la fiebre, con la esperanza y la fuerza y la terquedad y la audacia malbaratadas, lo único que los impulsaba ya, la fuente de toda su ferocidad y su rabia fue la visión de la riqueza o la promesa de fama e inmortalidad. La Ciudad de los Césares, que persiguió incansable Sebastián Caboto mientras remontaba el Paraná, donde había una sierra de plata maciza; Paititi, la ciudad en el centro del Amazonas en la que el oro era tan abundante como las piedras, en cuya búsqueda se consumieron Pedro de Candia, Anzúrez de Camporredondo y Nuflo de Chaves; El Reino del Rey Blanco, cuyo trono era entero de plata, por el cual Alejo García atravesó ríos y selvas hasta que fue atravesado él mismo por una flecha; Ponce de León, guiado por los mitos boricuas, que peinó cada arroyo, cada torrente, cada río, cada lago, cada laguna de la Florida en busca de una fuente secreta cuyas aguas curaban los males y otorgaban una juventud perpetua; Cofitachequ, un tesoro espectral que extenuó a las huestes de Hernando de Soto; la Ciudad de las Esmeraldas de Ursúa, que terminó disolviéndose en el aire como una nube de mariposas verdes; el País de la Canela rastreado por

el rebelde Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana, una tierra llena de especias tan preciosas como los metales; la laguna de Guatavita, en la cima de una montaña, rodeada de ídolos de barro, donde los rumores hablaban de un cacique que cada día, sobre una almadía en medio del lago, era embadurnado por sus sacerdotes con una almáciga que cubría todo su cuerpo para luego sobredorarlo con oro molido, lo que le hacía resplandecer como un sol, y al caer la tarde se bañaba en las aguas en las que se disolvía el oro que tenía pegado al cuerpo... Gonzalo Jiménez de Quesada, Sebastián de Belalcázar, el infausto y orate Lope de Aguirre... Con cada nuevo fracaso en el hallazgo de El Dorado, resurgía la obsesión. Bastaba un simple hilo de palabras, un rumor, una confidencia para que la atmósfera se transformase en un hervidero de visiones y los huesos españoles volviesen a tapizar el continente desde los desiertos de Sonora hasta el Río de La Plata. El mismo Hernán Cortés, con todo su ingenio, recitaba fragmentos del *Amadís* y no dejaba de albergar la esperanza de encontrar los paisajes alucinados que este cruzaba en sus lances, llenos de hechiceras, monstruos y magos. ¿Cuál fue la fabulosa e insana palabra que guio a Coronado al infierno, que nos guio a todos nosotros?

Cíbola.

Pero no se puede contar la historia de Coronado sin contar la de Hernán Cortés. Sus huesos acaban de regresar a la ciudad tras años pulverizándose en un monasterio español. Estuve en la catedral mientras el arzobispo iba desgranando las palabras de alabanza y glorificación que sus gestos contradecían. El tumulto de la nave atestada por un pueblo que adoraba a Cortés representaba una provocación para unos poderosos aún atónitos de que un don nadie hubiera conquistado un imperio, aunque este hubiese sido entregado a ellos sin discusión de su soberanía. No obstante, aquel gesto era peligroso y atrevido: que un hombre sin linaje hubiera logrado tal cosa, nunca antes vista ni a un lado ni a otro del océano, representaba un peligro para la estabilidad del orden universal. En cierta manera se trataba de la misma amenaza que los franciscanos, y en especial nosotros

los *espirituales*, que proclamamos como verdad de la fe la pobreza de Cristo, destinada a preservar la virtud y la pureza de la orden: un principio que parece albergar inéditas amenazas para el solio de Roma. Porque la única verdad y el único bien es la búsqueda de Dios, existimos en la medida en que nos vinculamos a Él de manera libre y amorosa, de otra manera somos humo, vanidad, apenas nada.

Pero me adelanto a mi narración. Vivo en este convento desde hace algunos años entregado a la palabra de Dios y a un pequeño huerto; es un lugar cómodo, iluminado, y la soledad es un bien para quien está educado en su aprecio. Por mi edad estoy exento de muchas tareas, y en el día a día tengo la ayuda de un mestizo de sangre española y mexicana, Danielillo, cuya única protección es estar a mi servicio, ya que la ley no ampara la sangre impura. Los mexicanos también creían en la pureza de la raza, y por eso los chicos como él son perseguidos al tratarse de un recordatorio de la violación de sus mujeres y de la conquista de sus tierras. La única verdad es que la mezcla soporta mejor la sífilis y las fiebres, ellos serán los herederos de todo esto, por lo cual, en secreto, le enseñé las declinaciones de *De bello gallico* y el griego antiguo, utilizando la vara si es preciso, para que su propia sangre fije las letras. La fe, como la vida, necesita disciplina, vigor, en ocasiones incluso de manera despiadada. A veces le oigo cantar en su antigua lengua, con lamentos y tristezas; hablo el náhuatl, entiendo sus hermosas historias de plumas y pétalos, que suenan en el extraño silencio que ocupa las calles en la vigilia del mediodía, mientras en el horizonte los volcanes Hombre Humeante y Mujer Dormida siguen custodiándose. Entonces le encargo que me traiga un poco de caña de azúcar, para chupar –uno de mis escasos vicios, que me ha dejado la boca sin dientes y los tres o cuatro que me quedan están negros como el alma de Caín–, a fin de que no corra más riesgos de los que trae la vida: los ojos y los oídos del Santo Oficio están por doquier, y esa voz dulce podría transformarse en un grito constante y desgarrador entre las llamas de la plaza. Bien sé que se aplican en su labor con justicia, legitimidad, rectitud y caridad –yo mismo

he sido uno de sus servidores—, pero desgraciadamente el diablo coloca manzanas podridas entre las buenas con el fin de confundirnos, y no siempre el criterio de los inquisidores llega a buen puerto. Especialmente el de esos dominicos, esos perros de Dios que más bien parecen pavos reales, que viven a costa de los indios que supuestamente han venido a salvar, enrocados en sus encomiendas, despreciando el credo de humildad y pobreza. Pero volvamos a mi novela. La Casa Roja. Una extensión yerma bajo la luz cegadora. El general Coronado que espolea su caballo hasta la cima del cerro más cercano, desde el cual fray Marcos le había asegurado que se divisaba la costa. El mismo fray Marcos a pie y acompañado por Hernando de Alvarado llegaron después mientras el general los recibía con gritos de rabia, ¿dónde está el mar, fraile?, ¿dónde está el mar?, al tiempo que señalaba un horizonte lleno por una altísima sierra y un imponente desierto. Coronado. Él lo tenía todo, nobleza y calidad, la protección del virrey Mendoza; había sido nombrado gobernador de la Nueva Galicia sin ganarla; contraído nupcias con la hermosa Beatriz de Estrada, hija del antiguo gobernador y tesorero de la Nueva España, Alonso de Estrada; era sagaz, hábil, caballero, más pendiente de lo por ganar que de las rentas. Si hubo alguien, era él quien estaba destinado a conquistar y poblar México, él quien debía de haber sido ungido con el título de marqués del Valle, pero mientras los huesos de su titular han sido recibidos entre fenómenos celestiales y miles de celebrantes —aunque luego el virrey Velasco, celoso, le enterrase en un ruinoso monasterio en Texcoco entre coyotes y ocelotes que vagan entre los escombros—, los huesos de Coronado fueron arrastrados y desaparecidos por una inundación en la iglesia de Santo Domingo, como si la misma divinidad se riese de él. Yo también estaba en la catedral, la misma que recibió los eminentes despojos de Cortés, cuando veinticinco años atrás leyeron la relación del malhadado fray Marcos, autenticada por un acta notarial, ante el mismo Cortés, el virrey Mendoza, Coronado y todo aquel que fuese alguien en la Nueva España sobre su expedición a la Tierra Nueva y lo acontecido en ella. En esta se relataba que al

norte, muy al norte de la última raya del imperio, había encontrado una tierra de grandes ciudades y mucho oro y mucha plata: las Siete Ciudades de Cibola. La ley de los conquistadores se basa en que cada día hay que conquistarlo todo de nuevo, y pude ver la mirada de Cortés, harto hambrienta todavía: no le bastaba con haber cumplido hazañas que empalidecían las del Cid, con lanzar expediciones desde California hasta Honduras, no, él seguía empeñado tras los pasos del conejo, una criatura invisible que, según los mexicas, nace con cada uno de nosotros y marca el destino. Otro engendro más de su santoral diabólico. Alrededor de sus huesos habían caído miles de capullos de flores lanzados para alfombrar el camino de quienes transportaban su féretro; acróbatas, bailarines, malabaristas, tambores, flautas, platillos lo acompañaron mientras sonaban a la vez las treinta y cuatro campanas de las torres. Si Cortés hubiera podido ver como yo su propio ataúd, colocado en un soporte detrás de la barandilla del presbiterio, la caja cubierta por un velo, no muy lejos de donde se encontraba cuando oyó la relación; la nave abarrotada hasta el mismo atrio, un canto unísono que resonaba en la basílica, la muchedumbre que intentaba dejar pequeños corazones de jade o cristal para que pagase su viaje al inframundo, los sacerdotes y monaguillos que debían hacer retroceder al gentío; el tumulto, el griterío, los silbatos y tambores que ensordecían las palabras del arzobispo en su forzado panegírico, y que se mezclaba en mi cabeza con la lectura del informe de fray Marcos tras encontrar tierra adentro un lugar muy rico y poblado y con mucho oro y mucha plata y casas terradas a la manera de México y gente de razón que vestían telas lujosas y cabalgaban extraños animales. Cortés ya se había convertido en un dios mucho antes de que Coronado lo mirase con fijeza, y el virrey, de reojo, y las espadas empezaran a tintinear en sus tahalíes, y los gritos y las amenazas, a resonar en los salones de la ciudad; Cortés, que, para no llenar de vísceras el suelo de los mismos, dirigió un memorial al emperador Carlos sobre los agravios que el virrey Mendoza y el maldito fraile habían hecho sobre su persona. Porque era él quien tenía más derechos a esa demanda, quien

debía gobernar los navíos hacia aquella tierra que había sido vista primeramente por él en su expedición a la Baja California y nombrada con el asentamiento de Santa Cruz; incluso cruzó el océano para defenderlos ante el emperador. Entretanto Mendoza había mandado candar los barcos de Cortés, confiscar sus víveres, torturar a sus hombres... En esta tierra todo se enreda, se confunde, se intrinca: la sangre, los odios, las pasiones, la astucia, la lujuria, la codicia, el fatalismo, la ignorancia, el temor, los prodigios..., nunca sabes dónde acaba algo, dónde comienza lo siguiente. ¿Quién hubiera dicho que todo aquel sindió comen-zaría a causa de un antiguo enemigo de Cortés, Pánfilo de Narváez?

Pero me vuelvo a adelantar a mi narración, aunque tengo la sensación de que es una historia que me he contado demasiadas veces, nombres y más nombres, tantos nombres. Nada vale una mierda hasta que le pones nombre. Los españoles vinimos a poner nuevos nombres a todo, ese es nuestro triunfo, identificar y clasificar, bautizar, poner Dios, pero en ocasiones lo que hallábamos era indescifrable, un sentimiento anónimo y cambiante que creaba la misma tierra. El mundo perdía el significado que le habíamos dado durante generaciones y nos cambiaba aunque no quisiéramos, nos tornaba diferentes, nos obligaba a recurrir a nuevas ficciones para preservarnos de otras y los nombres no expresaban exactamente lo que queríamos.

Nombres.

Nombres.

¿Cuál es el mío?

Tomás.

Fray Tomás de Urquiza.

Sí.

Ese es todavía mi nombre

2. La piel de la frontera

Salimos de Compostela, capital del reino de Nueva Galicia, en la frontera norte de la Nueva España. Eran unos días de febrero del año 1540

Coronado montaba un caballo rucio mientras recorría las líneas de hombres durante la revista. Su armadura con apliques de oro resplandecía como el mismo sol. El mismísimo virrey Mendoza había venido de Ciudad de México para el alarde: trescientos hombres a caballo, setenta de a pie y casi mil indios amigos; lanzas y alabardas, lustradas lorigas, adargas y rodelas, cascos abarquillados, cañones pedreros... Me até bien los tres nudos del hábito, calé el sombrero, afiancé mi cayado y me enjuagué el sudor de la frente; entre los indios distinguí tarascos, adoradores del pequeño colibrí verde, que no habían sido vencidos por los mexicas; también sus primos los fieros chichimecas, que bebían la sangre de sus enemigos y se perforaban la nariz con huesos humanos; los propios mexicas con sus petos de algodón recubiertos de sal y espadas de madera con filo obsidiana; tlaxcaltecas, algún otomí, huastecas con sus frentes moldeadas en forma de pendiente desde la infancia y sus historias personales tatuadas en el cuerpo... Según el lugar que ocupasen la uniformidad iba convirtiéndose en un revoltijo de hondas mezcladas con coseletes, macanas con rodilleras, lanzadores de flechas con barbotes... Coronado, con una mano en el fuste de la silla, hizo con la otra un gesto que puso en marcha todas las compañías. Comenzaron a desfilar ante Mendoza, y cuando terminaron se les tomó juramento sobre los sagrados Evangelios de que seguirían a su general y serían leales al emperador. Yo bien sabía lo que se

ocultaba tras aquel aparato; estuve presente el día en que el obispo Zumárraga convocó la reunión en la que tuvo lugar el agrio altercado entre Cortés y Pedro de Alvarado, en quien el virrey Antonio de Mendoza había pensado para conquistar el norte antes que en Coronado; Alvarado, conquistador de Guatemala, que los mexicas llamaban con admiración y miedo el *Tonatiuh*, el Sol, por su elevada estatura y sus cabellos rubios, que había sido la mano derecha de Cortés en lo de México, ahora gritaba desaforado con el rostro tan cerca que este recibía perdigones de saliva, hasta el punto de echar ambos mano a sus espadas, y por ser hombres que nunca lo hacían en vano el mismo virrey tuvo que ordenar calma. Pero no solo se trataba de Alvarado: litigios, pretensiones, juicios, reclamaciones..., la tormenta legal que se había levantado a ambos lados del océano comprometía también al conquistador de Nueva Galicia, el ignominioso Nuño de Guzmán, que incluso desde la cárcel mantenía sus pretensiones defendiendo que los nuevos reinos se hallaban dentro de su jurisdicción, y a Hernando de Soto, un veterano del Perú, gobernador de Cuba, que ya entonces preparaba su entrada a la Florida y que tenía representantes ante el Consejo de Indias, que mucho tienen que ver con esta relación, pero de los cuales contaré más adelante. Al día siguiente del despliegue partió la expedición, pero en ese intervalo, a la noche, el general Coronado quiso confesarse. Aunque en la jornada iban otros frailes, yo era casi siempre el escogido: ambos habíamos estudiado en Salamanca, y ya hubo trato de la época en que formaba parte de los ayudantes del obispo. Llegué a la residencia a medio construir, la única levantada a cal y canto, que utilizaba en sus cortas estancias en la villa, poco más que un conjunto de tristes casas de ladrillo y paja cocida. En el trayecto encontré gente borracha que buscaba el calor de las putas, o parejas de casados o amigos que se despedían; se escuchaban guitarras y fuertes risas. La mayoría eran hombres ya de vuelta, que llevaban años rodando por las nuevas tierras y sabían que las montañas no tenían espinazos de oro ni las perlas alfombraban los lagos, sino más bien que la desgracia se trenzaba a cada paso y las lianas se enroscaban sobre

los edificios recién construidos y los ríos tempestuosos arrastraban a los hombres y las flechas emponzoñadas los convertían en polvo, pero aquella noche turbia de anhelos y desesperación, enredados con sus barraganas y sus fulanas de senos opulentos y sonrisas carriadas, al calor del vino o el mezcal o la cerveza de palma o de maíz, mientras desataban laboriosos entramados de encajes y retorcían el vello de los coños, olvidaron por unas horas que no tenían hacienda ni bienes ni posibilidad de regresar a su tierra natal y se volvían locuaces y aventureros, y se ensoñaban con lujos venideros y prometían collares de oro y haciendas llenas de esclavos y, por unos instantes, volvían a creer en El Dorado. El general me recibió en una sala en penumbra; no era muy alto, pero sí robusto y bien parecido, de pelo crespo. Nos sentamos a una mesa, las llamas de las velas reverberaban; al fondo, tras una puerta, estaba el lecho donde le aguardaba su esposa Beatriz, que había llegado desde su finca de Tlapa para despedirle. Por el olor almizclado que despedía adiviné que acababan de follar; imaginé a la espléndida Beatriz de Estrada, saludable, con su rostro de frágil composición nunca tocado por el sol, el vello tenue de sus mejillas, los labios en forma de trébol y su fama beatífica: ¿cómo reaccionaría a los susurros obscenos de su marido, que aún tenía en la boca el sabor ácido y dulzón de su coño?, ¿le devolvería las sucias palabras?, ¿se tragaría su semen?, ¿cómo se retorcería cuando su polla de venas gruesas como cables la penetraba con furia? Porque no solo metía su verga en una mujer hermosa, también lo hacía en los miles de ducados de su dote, ya que follaba con la que según rumores era prima carnal del emperador, e incluso, en sus ensoñaciones, podía estar sodomizando al mismísimo Carlos. Así me asalta siempre el diablo, en ocasiones la cabeza me retumba con un ruido sordo, con imágenes obsesivas, olas densas y negras que suben a la superficie y me sumen en la culpa y el remordimiento, otras, me insume la acedía, una tristeza imperdonable que me llena la cabeza de pensamientos aciagos, y solo la fe me permite ver las cosas como realmente son. Pero mientras el general se prepara para recibir el sacramento de la confesión, continuó imaginán-

dolos después del sexo, ella recorriéndole con un dedo el pecho garabateado de vello mientras hablan de las posesiones hipotecadas y los préstamos pedidos para aquella empresa, de las riquezas que quizás encontrasen, de la nostalgia por ella y sus hijas, de las dudas acerca de la historia que contaba fray Marcos, no exenta de lagunas completadas por una imaginación fervorosa y una palabra deslumbrante, que había sido reforzada por las premuras de enfrentar al resto de los contrincantes. Acaso su mujer hubiera advertido la misma falla que yo a medida que desgranaba sus pecados, con su rostro extrañamente infantil: una fragilidad de la que carecían otros conquistadores. El general era un hombre valiente, qué duda cabe. Como gobernador de Nueva Galicia había guerreado contra los indios soliviantados por la herencia de desmanes de Nuño de Guzmán, evitando que los españoles tuviesen que retirarse de Culiacán, y sofocó una revuelta de esclavos negros en las minas de plata de Amatepeque, que se habían levantado y elegido un rey, aplastándolos para colgar luego a unas docenas de desgraciados y descuartizar sus cuerpos y esparcirlos por los cuatro puntos cardinales. Pero carecía del aura que rodeaba a Cortés o Alvarado; estar cerca de ellos era entrar en otra atmósfera, un clima del que era difícil escapar: invadían la conciencia, porque sus fuentes eran la predestinación, la furia o la locura. En su interior, Coronado poseía una fuente más limpia, pero también más quebradiza, y quizás eso excusase lo que aconteció años más tarde.

Así, en veintitrés días de febrero del año mil quinientos cuarenta, con la ayuda de nuestro señor Dios y del Espíritu Santo, partió de Compostela la armada del general Francisco Vázquez de Coronado para entrar tierra adentro a fin de ensalzar nuestra santa fe católica y acrecentar los reinos y señoríos de su majestad. Cientos de carneros, puercos, un mar blanco de ovejas, acémilas de carga, mulas, caballos de refresco, negros esclavos, indios de guerra y servidores, artesanos de muchos oficios, varias soldaderas, mujeres valientes que acompañaban a sus maridos e hijos... Durante semanas habían respondido a los pregoneros que, entre el sonido de tambores y flautas, pedían a voz

fuerte gente para alistarse por toda Nueva España, ayudados por los sermones que se lanzaban desde los púlpitos. En cuanto a los jinetes e infantes, eran *hombres libres* que iban sin paga, como cien veces antes, con la esperanza puesta en el botín más que en la gloria, sin pensar en las almas por salvar, aunque algunos, pocos, buscaban también honra, como en España contra los moros, para ganar tierras y poder ser caballeros y dueños de encomiendas y cargos públicos y ganar la hidalguía de notoriedad con la que sus padres y abuelos se alzaron antes. Ya no llevaban puestas sus mejores galas, sino cotas de cuero mezcladas con piezas metálicas; gran cantidad de los de a pie no habían tenido dinero para comprar armas de acero e iban casi confundidos con los indios, de tanta macana y escudos redondos y cotas de algodón que llevaban. Entre los de a caballo había muchos cachorros de la nobleza española, los Íñigos, Alonsos, Lopes, Rodrigos, tan valientes y crueles como inocentes –apenas rozaban los veinte años–, que habían llegado al Nuevo Mundo llenos de codicia y lujuria, buscando descubrir un océano o conquistar una ciudad incomprendible o despellejar enormes serpientes que custodiaban tesoros. A cambio se habían juntado con los tropeleros, renegados, prófugos, contrabandistas y mercenarios que flotaban en aquel ambiente como zurullos hediondos, gente endurecida y siniestra que no querían arriesgar la vida en la guerra civil que enfrentaba en el Perú a Francisco Pizarro y Diego de Almagro, pero que soñaban con rebeliones y pillajes e incluso con reinos aún por conquistar. No habían tardado en convertirse en un profundo y enconado foco de vergüenza para el virrey, cumpliendo un ciclo de bebedores de taberna en taberna; a los pocos tragos se indisponían unos con otros y con los de más allá, intercambiaban palabras imposibles de enmendar y terminaban en querellas de dagas con gente desplomada sobre charcos de sangre, eso cuando no acosaban a castellanicas casadas, robaban en propiedades o aperreaban indios y negros. Había sido prioridad encauzar toda aquella energía en alguna dirección, y es de suponer que cuando fray Marcos regresó del norte con noticias de Cíbola –y no solo, sino también de otros reinos más al sureste

que se nombraban Marata, Totonteac y Acus-, Mendoza, cuyo lema era «no hacer nada y hacerlo despacio», vio el cielo abierto y se apresuró a organizar una expedición en la que semejante progenie se desfogase. Debido a la carrera entre conquistadores, su premura fue tanta que ni siquiera esperó al regreso de la expedición que había enviado tres meses antes capitaneada por Melchor Díaz para determinar si los informes de fray Marcos eran ciertos. También se había preparado una pequeña expedición naval al mando de Hernando de Alarcón, el San Pedro y el Santa Catalina, que partirían de Acapulco con equipaje y provisiones para apoyar a Coronado. Comencé a andar tras la procesión, una larga fila en la que despuntaban lanzas y arcabuces; el terreno era pelado, con escasos trechos de hierbas, y, salvo algunas colinas, llano como el fiel de una balanza. Me situé a la altura de una de las carretas, iba hasta los topes de enseres y guiada por una mujer que llevaba un sombrero de cuero. La saludé.

–Buenos días.

–Eso lo veremos por la noche, padre.

Sonreí. La mujer tenía un aspecto varonil, pero parecía vivaracha y efusiva.

–¿Cómo te llamas?

–Fernanda.

–Soy fray Tomás.

–Siempre es bueno tener a Dios cerca. –Hizo ondular las riendas en dirección a las mulas.

–¿Vas sola?

–Mi marido está un poco más adelante –respondió. Y luego me observó fijamente–. ¿Solo lleva eso, padre?

Señaló mi bandolera con su mentón.

–Para construir cruces solo hace falta hacha y cincel. –Le di unos golpecitos a la bolsa.

–Falta nos van a hacer contra aquellos demonios.

Fernanda señaló a un grupo de chichimecas que avanzaban cansinamente, inconfundibles por las pieles de perro o coyote que vestían y, si hubieran estado más cerca, por su mal olor. Aunque esto último también era lo suyo en muchos españoles.

—Ahora son almas bautizadas —comenté.

—Esos demontres siguen adorando a sus ídolos; ya no pueden sacrificar cristianos, pero siguen degollando animales ante sus altares. Nuño de Guzmán tenía que haberlos colgado a todos.

—Abundará la gracia donde abundó el delito, nos dijo san Pablo, y nuestra Iglesia es próspera donde Satanás ha tenido sus templos.

Fernanda se apartó el cabello y mostró una cicatriz que se escondía en el pelo. Esa cicatriz contenía una historia que comenzaba de madrugada en una hacienda cerca de Xalpa. Lucía una luna brillante, y su marido la había despertado abruptamente con un susurro lleno de urgencia. Era un veterano de antiguas campañas, y le sobresaltó el repentino silencio que se había hecho en la encomienda: ni siquiera se oía ladrar a los perros. El instinto le hizo coger su espada y salir a la noche para descubrir figuras que se movían entre los edificios. Apremió a su mujer a vestirse y escaparon por una de las ventanas de la choza para correr agachados hacia un pequeño bosque de pinos. De inmediato, un terrible clamor se elevó desde la hacienda, gritos y chillidos, el gemido de las trompas de concha. Grupos de hombres con antorchas recorrían la hacienda, guerreros chichimecas, que aquí y allá convertían las chozas, los corrales, la pequeña iglesia, la gran casa del señor en inmensas hogueras que soltaban chispas hacia el cielo, y toda la matanza era iluminada espectralmente por la luna y las llamas. Los españoles y los indios amigos habían sido cogidos por sorpresa, se defendían de una horda salida directamente del infierno, salvajes desnudos con los cabellos hasta la cintura tintados de rojo y el cuerpo cubierto con dibujos de sapos y víboras; los susurros de las flechas que hacían tambalearse a los hombres, las arremetidas lanzas en ristre. Un español con una saeta clavada hasta las plumas en el pecho rezaba de rodillas, con las manos juntas; un negro gateaba con el rostro chorreando sangre; una mujer permanecía de pie, temblando, como privada de entendimiento en medio de la violencia. Contemplaron cómo uno de los señores se enfrentaba ferozmente a cinco chichimecas de rostros pintados con colores

de pesadilla, ensartó a uno con su espada y a otro le cortó los dedos cuando alzaba un hacha de pedernal, pero acabaron por abatirlo alanceándolo y aporreándolo, y aún moribundo uno de ellos le bajó las calzas y empezó a sodomizarlo mientras otro lo degollaba con presteza. Por todas partes, entre el polvo y el humo gemían los moribundos y chillaban las mujeres, y se arrancaba la ropa a los españoles para dar tajos y más tajos en aquella extraña carne blanca, y les arrancaban extremidades, cabezas, pies, y agarraban grandes puñados de vísceras y las sostenían en el aire, junto con pollas y pechos cercenados de manera que algunos chichimecas estaban absolutamente cubiertos de cuajarones de sangre. Su marido asistía a la carnicería con los puños cerrados y lágrimas en los ojos; a punto estuvo de desenvainar la espada y lanzarse al ataque, pero Fernanda le contuvo asegurando que sus destinos ya estaban sellados: ellos tenían que salvarse. Debían esperar hasta que las formaciones de nubes cubriesen la luna, pero entretanto fueron testigos del saqueo, los destripamientos, las torturas y los sacrificios. Los chichimecas efectuaban desmañados bailes de victoria trabando sus brazos mientras salmodiaban extraños y resonantes cantos, rompían la vajilla fina, se ponían la ropa blanca de las mujeres. Cuando un banco de nubes oscureció la zona, huyeron por una zona boscosa; Fernanda agarró una rama rota para usarla como maza. Se movieron con cautela entre los árboles, llegaron a creer que tenían posibilidades de salir indemnes, hasta que en una revuelta se dieron de bruces con tres chichimecas. La sorpresa fue tal que a su marido no le dio tiempo a desenvainar, pero la misma vacilación de los chichimecas le permitió clavar uno de los gavilanes del estoque en el ojo de un guerrero, que se desplomó sobre el que le precedía, dándole tiempo a sacar la hoja y acuchillarlo en el cuello. Mientras plantaba cara al segundo, el tercer guerrero fue directo por Fernanda, que se cubrió instintivamente con la rama deteniendo sus primeros empujones; este llevaba una espada de cobre tarasca y no tardó en quebrar su arma defensiva. En uno de los molinetes se la arrancó y la hoja de cobre prosiguió su arco haciéndole un profundo corte en la frente, la sangre cho-

reó por su cara y se desplomó. El guerrero no la remató, tenía hambre y quería la carne fresca; se giró rápidamente hacia su marido, que ya acorralaba a su camarada, pero al quedar atrapado entre dos frentes comenzó a perder la iniciativa. Durante unos minutos, el español lanzó cuchilladas a uno y otro lado manteniendo en jaque a unas fieras que se movían con agilidad entre ladridos secos. Una maza acertó a golpearle en un hombro y le dejó el brazo insensible, trastabilló; la espada de cobre se dispuso a atacar cuando su propietario oyó el sordo chasquido de su cráneo al hundirse. Cuando se derrumbó, a su espalda apareció Fernanda sosteniendo la porra del primer muerto y con un reguero de sangre que empapaba su rostro y su pecho, como una aparición fantasmal. El chichimeca que quedaba en pie huyó entre los árboles dando saltos prodigiosos.

—Durante dos días vivimos como animales, escondiéndonos en bosques, entre la maleza —prosiguió Fernanda mientras adelantaba la barbilla y chasqueaba la lengua a las mulas—. Conseguimos llegar a un puesto español, yo sin apenas hálito. Cuando regresamos con una compañía de soldados, la hacienda era solo una ruina humeante, en el cielo los buitres y los cuervos volaban en círculo, chillaban, a la espera de que los coyotes que se disputaban los cuerpos se retirasen. Había cerdos muertos por todas partes, y cadáveres en todas las posiciones, cubiertos de moscas; el olor a quemado y a carne pudriéndose era insoportable. Cruzamos la desolación, algunos de los soldados se echaron a llorar; había un muerto apartado, parecía que besaba la tierra, uno de los soldados disparó su arcabuz contra el coyote que lo estaba mordisqueando. Al poco, el cuerpo estuvo rodeado de alimañas que empezaron a devorarlo igual que al hombre. Había corazones arrancados y polvorientos, aquí y allá, algunos abrasados. Pero lo que más me conmovió, padre, fue una cabeza cortada...

Durante unos instantes permanecimos en silencio: se escuchaba el gemido del ganado, el chirriar de la madera seca de los carros, el ruido sordo de los cascos, el tintineo de los utensilios metálicos. Avanzábamos en medio de una estela de polvo que se levantaba, permanecía suspendido y se desvanecía.

—Era la cabeza de un hombre, se hallaba sobre un apero. Los pájaros no le habían sacado los ojos, estaba rodeada por brazos y piernas cortadas, pechos abiertos, todo era horror a su alrededor, pero el rostro mantenía una extraña dignidad, no tenía muecas. Se había enfrentado a la muerte con el mismo valor que a la vida, quizá por eso el guerrero que lo mató colocó su cabeza allí, como un homenaje. O eso quiero creer.

Fernanda vigiló a los chichimecas y luego apartó la vista con repugnancia.

—Al final, Dios será luz para todos los que salen de la oscuridad —la consolé.

—Nos quedamos sin nada, padre. Ahora estamos obligados a ir hacia el norte, sin saber lo que hallaremos. ¿Cree usted que es verdad lo que cuentan?, ¿que encontraremos un lugar donde poder trabajar y vivir?

No había forma de certificarlo, por supuesto, pero sí sabía lo que quería oír y pensé que no le haría ningún daño

—Ya escuchaste a fray Marcos.

—Los cuentos de reinos encantados quedan para los soldados. Yo me conformo con tierra para labrar, un poco de ganado y que no nos maten.

Sonreí. Aquellas eran mujeres bravas. Señalé las mulas.

—Tenéis buena fuerza para ello.

—La de la izquierda se llama Lamentable, y la otra, Tembleque.

—Con la ayuda de Dios, haréis uso de ellas.

Fernanda no pareció muy convencida, pero asintió. Me quedaba una duda, y cuando se la planteé me respondió que los perros, que hubieran dado la alarma ante extraños que se moviesen por la hacienda, no ladraron porque había indios compinchados con los atacantes que los habían matado. Me santigué y le deseé que hallásemos camino y pasásemos adelante sin demasiados contratiempos. Descubrí en la larga fila varias mujeres más, la mayoría castellanas; había una llamada Francisca de Hocés, que venía con su marido Alonso Sánchez, que era zapatero, y un hijo, y había dejado seis más en Ciudad de México, y reconocí a otra, María

Maldonado, muy joven, de excelente belleza, casada con Juan Gómez de Paradinas, contador del general, todas de la estirpe esforzada y valerosa de aquella María de Estrada que combatió fieramente en lo de Tenochtitlán. Estas castellanas eran apreciadísimas en la Nueva España, el imperio necesitaba hijos, muchos hijos para ocupar las tierras, y el virrey Mendoza sabía que el oro y la plata no eran las únicas riquezas. Tan importantes como los lingotes era el azúcar, el cacao, el cuero, el tabaco, el índigo, la cochinilla: ahí residía el verdadero El Dorado. Se había repartido tierras a los colonos, se les había dado herramientas y semillas, se les adelantaba el dinero, pero todo se supeditaba a tener muchos hijos. Los arrendatarios perdían sus propiedades si no se casaban en tres años o si no reclamaban las esposas que habían dejado en España, y mientras que los caballos, las ovejas, los cerdos se multiplicaban prodigiosamente, y los campos se llenaban de trigo, de cebada, de calabazas, de frijoles..., las mujeres blancas llegaban a cuentagotas. La obsesión por la sangre era un obstáculo, mis paisanos creen que la sangre pura incita a navegar los océanos y a levantar imperios, y cuanto más se mezcla más se debilita la raza. Lo paradójico es que cuantas más categorías y estatutos raciales se erigían como selvas legales, más follaban con negras, con indias, con mulatas, con zambas. Aun así, los propietarios querían esposas españolas, pero cuando estas llegaban al Nuevo Mundo se negaban despavoridas a casarse con ellos, hombres con las caras llenas de cicatrices, mancos, con solo una oreja o un solo ojo. Aquel era el precio que habían pagado por su voluntad de sobrevivir. Al final, los escrupulosos conquistadores quedaban abocados a casarse con las oscuras hijas de los caciques para no perder sus tierras. El humor de Dios sigue siendo sinuoso, porque Dios se ríe, y mucho. Y los franciscanos, los espirituales, nos reímos con él, porque todas las sangres son iguales, todos descendemos de Adán: nuestro padre san Francisco nos mostró el camino predicando a los excluidos, leprosos, malvados, porque cuanto más despreciados son, más terribles se volverán. San Francisco nos enseña que hay que volver a acogerlos en el rebaño, y eso..., eso se hace a través del amor.